

# Europa y la revolución del Este

por el Académico de Número

Excmo. Sr. D. JESÚS FUEYO ALVAREZ (\*)

## I. INTRODUCCIÓN

Por tercera vez, a lo largo del siglo, la configuración política de Europa es objeto de un nuevo replanteamiento histórico. Los acelerados y drásticos acontecimientos que apenas en unos meses han liquidado la ordenación comunista de los países de la Europa del Este, bajo la hegemonía ideológica y política de la URSS, al superar el esquema de la Europa partida, consecuente al desenlace de la Segunda Guerra Mundial, no cabe duda que inciden decisivamente, aunque todavía en forma, incierta sobre las perspectivas del proceso político mundial y, en concreto —por lo que nos interesa en este análisis— sobre las relativas a la integración europea occidental, en el horizonte diseñado por el Acta Única de 1987, que marcaba un paso decisivo en la implantación del mercado único común para el año de expectativa de 1993. Es cierto que, bajo el impacto de los acontecimientos, el Consejo Europeo de Estrasburgo, ha logrado evitar cualquier efecto traumático, logrando una «cuasi-unanimidad» para mantener el curso previsto, y emplazando a un año vista la convocatoria de la necesaria Conferencia intergubernamental de los doce Estados miembros, a fin de institucionalizar, mediante las oportunas reformas del Tratado de Roma, las bases legales de la unificación monetaria comunitaria con sus consecuencias de gran alcance, y para hacer finalmente efectiva la realidad del mercado único comunitario. En este limitado sentido, en la medida que el evitar todo traumanismo y

---

(\*) Sesión del martes 19 de diciembre de 1989.

mantener abierto el desarrollo del esquema de integración económico previsto, constituye un éxito, no pueden dejar de subrayarse los resultados positivos de la última cumbre europea de Estrasburgo.

Pero nadie se hace ilusiones respecto a que estos resultados, puedan a lo sumo más que el de facilitar un cauce para tratar de encajar dentro de un proceso ordenado y, a ser posible, dentro del esquema de unificación europea concebido hace más de treinta años, la cascada de acontecimientos desatada por la crisis resolutoria del comunismo y la apertura de la Europa geográfica, que han venido a convulsionar de modo decisivo el «statu quo» articulado y vigente durante medio siglo como resultado de la guerra mundial de 1939 a 1945. Los problemas estructuralmente ligados a esta «deconstrucción», son de la mayor entidad y múltiples, y fatalmente entran en convergencia sobre el esquema institucional dinámico de la Comunidad Económica Europea, la cual por lo demás, no cabe duda, que está concebida y fundada sobre ese «statu quo» que ahora aparece históricamente superado. Este desbordamiento de la imagen política global del mundo fundamentalmente bipolar —la hegemonía polémica de las dos superpotencias, USA y URSS— es el resultado en primerísimo lugar de la desintegración ideológica y estructural del mundo comunista, que tenía a la Unión Soviética como centro de potencia y la consecuente puesta entre interrogantes del proceso político y económico de la propia URSS, tanto en el orden interior, como respecto a su papel dentro de un posible nuevo equilibrio de potencias. Pero esta alteración decisiva de uno de los pilares básicos del orden de la postguerra que parece finiquitar, plantea en cascada, una serie de problemas de rango estructural —la clara posibilidad de una nueva unificación de Alemania, la insostenible ambigüedad de la posición europea del Reino Unido, el ajuste europeo de los países de la Europa del Este, la expansión del mercado europeo, el replanteamiento del papel de los Estados Unidos en la política y la economía mundiales etc.— todos los cuales inciden sobre la misma identidad europea y, desde luego, sobre el alcance y la configuración básica del proceso de unificación europea, abriendo distintas posibilidades acerca de su misma textura, que están en inevitable relación con los cambios de poder de integración o de dispersión, en el conjunto del desarrollo general del escenario europeo.

La magnitud del desplome del equilibrio establecido y las variantes potenciales del orden europeo, así como la aceleración con que se han despeñado los acontecimientos, hace que sea imposible definir en una perspectiva clara la dirección en que se mueve el conjunto del proceso. Tan sólo es posible apuntar tendencias, a veces contradictorias, que se están generando con clara visibilidad, pero que distan mucho de haber logrado una consolidación dinámica inequívoca o que están subordinadas a resultados histórico-políticos de mayor rango y que, por lo tanto, pueden ser condenadas a una frustración irreversible. Con todas estas dudas e inquietudes, que asaltan sin duda, a los poderes afectados y a los hombres de Estado responsables ante una época de máxima inseguridad, es forzoso acometer el análisis de la situación, con todas las reservas,

pero también bajo todos los apremios de una coyuntura histórica, que puede ser la de la máxima oportunidad para culminar el gran designio europeo, pero también la del riesgo de una frustración irremediable.

## II. LA EVOLUCIÓN SOVIÉTICA Y SU PROYECCIÓN SOBRE EUROPA

Como quiera que se delimite la realidad europea a efectos de su consideración temática, no cabe duda, que hay un orden de hechos dominante que condiciona todos los planteamientos y las perspectivas, y es el que se inscribe en la evolución de la situación en la Unión Soviética y, consecuentemente, del papel de esta superpotencia en la dinámica del mundo de fin de siglo. La URSS constituye el epicentro de la transformación de la situación mundial y sus convulsiones irradian con proyección múltiple sobre las posibilidades y el destino último de las naciones de la comunidad estrictamente europea. Así pues, se impone una escueta recapitulación sobre el «momento soviético» definido por un equilibrio peligrosamente inestable y potencialmente abierto a variantes de desenlace de multiforme alcance histórico.

La magnitud del proceso interior y exterior abierto por la reforma revolucionaria indefinida, a pesar de su gran retórica, por la «perestroika» de Gorbachov, sólo puede medirse ponderando el alcance de la frustración de la revolución mundial anticapitalista del comunismo soviético y la posible desarticulación del condominio hegemónico de las dos grandes superpotencias —USA y URSS—, que desde la postguerra de 1945 ha sido la estructura básica del equilibrio polémico mundial, suspendido bajo el terror atómico. Aunque no exenta de inseguridad latente, la superpotencia occidental —por la debilitación de su potencial económico relativo, el peligro incoado de recesión, la explosividad de su área de influencia e intereses sudamericanos, la tendencia al aislamiento proteccionista, la concurrencia económica japonesa y europea en el comercio mundial, el costo poco menos que insostenible de la protección de sus intereses distribuidos por la geografía terráquea y la propia fatiga histórica del arbitraje mundial, etc—, es claro que los Estados Unidos se encuentran ideológica y geopolíticamente en una línea de posición y solidez firme, tanto más vigorosa —en el interior y en el exterior— cuanto que puede legítimamente reivindicar la victoria mundial en la guerra fría y la de, quizá históricamente de mayor alcance, sobre el reto agresivo contra el capitalismo que ha supuesto la revolución comunista a lo largo de casi todo el siglo. Incluso, la situación incierta y arriesgada de la Unión Soviética con la bancarrota de su sistema económico colectivista, la inseguridad evolutiva de su modelo político, el hundimiento del imperio soviético de las democracias populares y el evidente rechazo en la carrera tecnológica, muestran que aquella victoria es la expresión de la clara supremacía de la civilización occidental, de la que los Estados Unidos son sin duda el protagonista más calificado de nuestra época. El nuevo reto al que se enfrentan los Estados Unidos es el de la redefinición de su papel en la política mundial, así como el

de su protagonismo en la economía global, en un mundo en la perspectiva del desarme generalizado y en la consecuente reconversión de la industria de la tecnología de guerra con sus implicaciones de gran alcance y, de modo muy destacado, el delicado replanteamiento del papel norteamericano en Europa y en el contexto de sus relaciones con la Comunidad Económica Europea. Pero todo ello es consecuencia del descabalamiento ideológico, de potencial político y de penuria económica de la otra superpotencia, cuyo hundimiento o súbito colapso, podría suponer un caos generalizado que no entra, ni mucho menos, en la línea de los intereses generales de los Estados Unidos.

Un balance, a la fecha, de la situación soviética, que recogiera los resultados de la llamada «revolución del Este» desde su iniciación el pasado 19 de agosto del Gobierno Makowiecki en Polonia —primer Gobierno no comunista en las llamadas democracias populares del Este— y en definitiva de la reforma de Gorbachov, conocida como «perestroika» tendría que recoger los siguientes capítulos negativos:

1. La Unión Soviética ha dejado de ejercer un liderazgo efectivo sobre el llamado mundo socialista. En realidad este extenso ámbito de dirección hegemónica por parte de la URSS, ha desaparecido, dejando a la metrópoli Moscú en pleno aislamiento.

2. La ideología de la revolución mundial comunista que extendía su presencia y actividad constructora o subversiva por los cinco continentes, se ha agotado como impulso revolucionario y como modelo de sociedad y de Estado. Los antaño poderosos partidos comunistas de Occidente, se han diluido o están en trance de transformación, para identificarse con vagas fórmulas en la corriente general del movimiento socialdemócrata, habiéndose extinguido en ellos toda orientación y vocación verdaderamente revolucionarias. El marxismo como ideología revolucionaria, ha cancelado prácticamente todos los modelos de construcción de la sociedad y es un residuo académico de interpretación crítica de la dinámica del capitalismo, que se reconoce erróneo en sus postulados fundamentales y fallidos por completo, con respecto a la línea general de la evolución histórica. La URSS, ha dejado de ser la plataforma directiva de una opción mundial de orden político.

3. La URSS, por la acumulación de poder de destrucción atómica y por el peso gravitatorio de su fuerza militar convencional, sigue siendo una superpotencia, físicamente hablando, pero las bases de esta superioridad —producción material, capacidad de renovación tecnológica, potencialidad logística y proyección ideológica de legitimación hegemónica— están seriamente quebrantados. La alternativa mundial de «paz soviética» ha desaparecido.

4. Tras casi cinco años de planteamiento de la reforma revolucionaria de Gorbachov, el régimen soviético se encuentra política, económica, social y culturalmente en un proceso de transformación sin resultados positivos definidos ni una orientación clara de su sentido evolutivo, dando la impresión de grave inestabilidad y de crisis general del sistema. La situación económica ha empeorado considerablemente con respecto a la época del criticado «estancamiento»

de la dirección de Breznev, según reconoce el mismo Gorbachov, debido a que en la transición de la gran reforma planteada como «perestroika», las fórmulas de renovación no han logrado resultados sustantivamente apreciables mientras que los antiguos mecanismos de planificación, distribución, y burocratización centralista están en un proceso de dislocación o se ven amenazados por la dinámica misma de la reforma. En el plano político más general el marxismo-leninismo como fórmula ideológica dogmática de integración comunista, ha perdido casi totalmente su fuerza de convicción y la democratización de los procesos espontáneos y no canalizados de formación de la opinión pública, además del inevitable reflejo de la descomposición comunista de las democracias populares, está consumando la erosión ideológica de la legitimidad del poder soviético, la justificación histórica de la revolución y su horizonte de futuro, y aumentando el descrédito de la clase político puesta de manifiesto en los resultados de las elecciones parlamentarias. El Partido Comunista de la Unión Soviética, institución de la dirección suprema del proceso revolucionario desde los días de Lenin, está siendo puesto en tela de juicio en esa su legitimidad directiva, intensificándose las tendencias propicias al pluralismo democrático y a la legalización parlamentaria del poder. Las tensiones sobre el orden soviético en su conjunto provocadas por las exigencias autonomistas y secesionistas de las nacionalidades y de las etnias sociales y religiosas son cada vez más acusadas, provocando graves incidencias que amenazan requebrajar la unidad y la integridad de la superestructura política federal de la URSS.

Este balance, no recargado en sus tintes negativos, no se proyecta de necesidad a la conclusión de que la Unión Soviética haya entrado en un proceso irreversible de bancarrota, aunque los síntomas no dejan de ser alarmantes. En el transfondo social se aprecia un notable conservatismo, al menos en cuanto al recelo frente a un desencadenamiento de un proceso contrarrevolucionario o de una dislocación radical y súbita del sistema; las Fuerzas Armadas y el poderoso aparato de seguridad están, por cuanto se sabe siguiendo con fidelidad el reformismo gorbachoviano y el ritmo de la reforma, que no obstante encuentra resistencias y avanza penosamente en un clima de decepciones y de frustraciones ante la insignificancia de los resultados positivos y la degradación patente del papel mundial de la Unión Soviética. Personalizado en Gorbachov, la «perestroika» parece estar aproximando a una situación decisiva de crisis. El temor que ha estado muy difundido de una regresión a una solución de autoridad y hasta la reversibilidad en conjunto del proceso hacia una orientación neoestalinista, parece descartarse a medida que se profundiza la crisis ideológica del marxismo-leninismo y del desprestigio del Partido como aparato de poder, aparte de que supondría en realidad un regreso, en las condiciones actuales, al aislamiento del régimen hasta las condiciones de axfisia en que se encontró, con Lenin a la cabeza, a comienzos de los años veinte. Una solución militar, impulsada por el caos interior y la bancarrota del poderío soviético en el escenario mundial no puede excluirse, pero en todo caso, es más que difícil, impenable, que pudiera plantearse y orientarse en el sentido de una regeneración

ideológica del marxismo-leninismo y, sobre todo, de la actualización del sistema político-económico comunista autoritario: su orientación pragmática iría más bien en la dirección del cambio liberalizador y del reforzamiento de los intereses de gran potencia así como de aseguramiento de la unidad e integridad del espacio político de la URSS.

Sin embargo tampoco cabe excluir que incluso a su ritmo lento y venciendo poco a poco las resistencias y contradicciones, la «perestroika» termine por una estabilización dinámica del cambio en su conjunto. En este sentido el éxito mayor de Gorbachov está en haber logrado una apreciable movilización «in crescendo» del mundo occidental que llega hasta la mitificación de su persona como el «hombre de la paz» y al apoyo efectivo a su causa reformista como cauce de pacificación mundial. Lo que parece evidente es que Gorbachov hombre de visión de grandes alcances, ajeno a cualquier cerrazón dogmática, pragmático sin sujeción a planes precisos, lo que aspira es a una evolución abierta en todos los ámbitos de la sociedad rusa hacia una moderación acelerada desde la plataforma de poder soviético. Esta evolución implica una nueva actitud de presencia con respecto a la Europa geográfica y, consecuentemente, sus resultados condicionara en cierta medida el proceso de integración abierto desde la actual Comunidad Económica Europea.

### III. LA EUROPA ATLÁNTICA

La Comunidad Económica Europea, se inscribe, desde su fundación en 1957 por el Tratado de Roma, dentro de la configuración potencialmente polémica del sistema de alianzas militares (NATO «versus» Pacto de Varsovia) que ha dominado el panorama de la larga «guerra fría», decididamente dentro de la organización atlántica de la potencia del llamado «mundo occidental», bajo el liderazgo hegemónico indiscutido de los Estados Unidos. Ciertamente, lo hace a través de los compromisos y de la posición peculiar de algunos de sus Estados miembros (Inglaterra, Francia, España) determinada por lo específico de sus relaciones bilaterales con los Estados Unidos, pero en conjunto la NATO constituye la cobertura y el aparato de seguridad europeos, sin perjuicio de los planteamientos en fase de innovación de una organización militar específica de seguridad europea. De los Estados miembros de la Comunidad Europea, dos —Inglaterra y Francia— son potencias atómicas limitadas y el espacio geográfico comunitario alberga bases militares y tropas norteamericanas. No obstante esta articulación de la defensa, la CEE se ha fundado y desarrollado a lo largo del tiempo y de su propia expansión, con plena independencia económica y creciente personalidad política propia y su dinámica de integración a partir del Acta Única de 1957 se abre a la configuración de un mercado común único para 1993 y han quedado incoados, a través de una pregresiva coordinación institucionalizada, cauces para un proceso de integración política supranacional bajo el concepto de Unión Europea. La CEE aparece en aspectos esenciales

de la concurrencia económica en el mercado mundial, como un bloque integrado y, consecuentemente, la dinámica de sus intereses ha colisionado más de una vez con la propia de los intereses norteamericanos. Pero lo esencial es que la CEE, sino formalmente —puesto que el Tratado fundacional declara la organización comunitaria abierta a «los demás pueblos de Europa que compartan su ideal a asociarse a su esfuerzo»—, sí de hecho e históricamente, se ha concebido y desarrollado dentro del esquema de la constelación de fuerzas de la Europa dividida, resultante de la Segunda Guerra Mundial. Así pues la dislocación en curso de este «statu quo», por la progresiva y súbita independencia política de los países de la Europa del Este (inscritos todavía en la estructura militar prosoviética del Pacto de Varsovia) y la apertura del muro de Berlín y de las fronteras entre las dos Alemanias así como, la apertura económica en aspectos apreciables de la Unión Soviética, han transformado decisivamente los condicionamientos y las perspectivas de integración y de expansión de la Comunidad Europea, emplazándola ante un horizonte de posibilidades incluso positivos, pero desde luego inciertos, de desarrollo, que afectan a su concepción dentro del espacio económico-político mundial, por la alteración de los factores de relación tanto externos, esto es relativos al deslizante juego de posicionamientos de las dos superpotencias y al papel futuro de las alianzas militares, como a la apertura económica y política de los países del Este hasta ahora en la órbita de Moscú, como, en su propio seno, por las claras posibilidades de un proceso de reunificación de las dos Alemanias, con incidencia forzosa sobre el espacio de las alianzas y alteración significativa dentro de los centros de potencial de la misma Comunidad. Así pues, la Comunidad Económica Europea que parecía haber encontrado una orientación dificultosa, pero clara de su desarrollo, a partir del Acta Unica y con la mira puesta en 1993 como término de la institucionalización de su mercado único común, se ha encontrado de súbito con una radical dislocación del espacio geográfico-político europeo en que se inscribe, que forzosamente incide y de modo estructural sobre las posibilidades y alternativas de su porvenir.

El factor previsiblemente determinante de esta alteración básica de los supuestos bien entendidos de la CEE, es el proceso abierto hacia una nueva unificación política de Alemania, a partir de la apertura de fronteras y prácticamente la libre circulación de personas entre los dos Estados alemanes, institucionalizados por las resultas «de facto» de la Segunda Guerra Mundial. A medio o largo plazo e incluso en un tiempo a la vista, la unificación alemana parece imparable, aunque se alcen frente a ella toda clase de recelos y resistencias, incluido la oposición expresa, aunque no categórica y rotunda por parte de la URSS (no hay que olvidar a este respecto que meses antes de su muerte, en 1953, Stalin ofreció ya la reunificación a cambio de la neutralización de Alemania). Esta tendencia incontenible, está estimulada por muchos factores, aparte del sentimiento ampliamente mayoritario de la dos poblaciones, una vez que se ha planteado claramente una evolución democrática de la RDA. El Estado alemán del Este, carece de sentido geográfico, histórico, político, cultural y económico, una

vez que deje de ser institucional e ideológicamente comunista; era una pieza esencial pero artificial en el «glacis» defensivo montado por la URSS en Europa como plataforma de la guerra fría. Pero desde el reconocimiento recíproco de las dos Alemanias y, sobre todo a partir del Tratado básico alemán de 1970, se ha ido desarrollando, junto con el éxodo creciente de población estealemana hacia la República Federal, un movimiento de penetración germano-occidental económico y cultural así como informativo (la incidencia de la TV occidental en la Alemania comunista se considera un factor capital de atracción de la opinión pública, por el espejo continuo de la sociedad libre de bienestar) que han removido los sentimientos de la población germano-oriental hacia la libertad primero, e inmediatamente hacia la reunificación, no sólo por razones políticas sino por el convencimiento de que la senda del bienestar pasa por la constitución en una forma jurídico-constitucional de la Gran Alemania a través del ejercicio de la autodeterminación del pueblo alemán.

Este proceso ha obtenido ya, superando todas las explicables resistencias el beneplácito de principio de la Comunidad Europea, en la última reunión del Consejo Europeo de Estrasburgo y de los Estados Unidos, a través de las declaraciones más autorizadas; únicamente la URSS y de una manera, insistimos, no demasiado rotunda y categórica, ha formulado una oposición en tanto no cambien esencialmente las circunstancias, pues con todo se hace difícil de creer que Gorbachov, que por cuanto no sabe ha contribuido decisivamente a desmontar el aparato stalinista de poder de Honecker y ha dado luz verde a la apertura del muro de Berlín y de la frontera inter alemana, no hubiera previsto el desencadenante obvio del proceso de reunificación. Sin embargo, el hecho en gestación tiene una importancia y una tal repercusión sobre la constelación de fuerzas que configura el «statu quo», que los obstáculos que se alzan ante su consumación son de enorme relieve. En primer lugar esta la estructura fáctica, pero no por ello menos rígida del orden de paz europeo de la postguerra, no constitucionalizado por un Tratado de paz. Esto atañe al estatuto de Berlín como antigua capital del Reich (y todo el mundo asegura que está llamando, desde luego, a volver a ser la capital de Alemania) que regula y legaliza la presencia de las cuatro potencias vencedoras en la ciudad (la reunión de los embajadores de las potencias ocupantes a raíz de los acontecimientos de noviembre ha sido un gesto significativo, después de muchos años de eclipsamiento, de clara afirmación de los derechos de los vencedores) y, sobre todo, del problema de las fronteras, pues el no regreso a las fronteras alemanas de 1938, es condición «sine qua non» para considerar siquiera la reunificación, tanto más cuanto que las fronteras actuales (que incluyen las áreas de anexión de Polonia y de la URSS) están solemnemente ratificadas por la Conferencia pan europea de Helsinki (con participación de Estados Unidos y de Canadá). En segundo lugar aparece la incoherencia notoria entre la reunificación con la pertenencia de cada uno de los dos Estados alemanes a cada una de las alianzas estratégicas en concurrencia: la NATO y la organización del Pacto de Varsovia. ¿Cuál puede ser el sentido y el papel de las dos grandes alianzas a partir de la situación sobrevenida con la

evolución democrática y la «des-comunización» de los países del Este europeo y con la política de desarme acelerado que conducen por acuerdos progresivos las dos superpotencias? En principio estas alianzas estratégicas construidas sobre una situación fundamentalmente polémica, parecen haber perdido todo sentido y estar condenadas a su superación histórica. Pero es lo cierto que, hoy por hoy, las dos superpotencias están más que decididas a mantenerlas a pesar de los cambios sobrevenidos y de los procesos en perspectiva e incluso a reconvertirlas de cara a un nuevo orden europeo, en estructuras de naturaleza más política que militar que aseguren su presencia y hasta su hegemonía en sus respectivas áreas de influencia. Consecuentemente la unificación alemana, tropieza con el obstáculo a primera vista insalvable, de que el paso por el mecanismo automático de la constitución de la Alemania unida, de la RDA a la NATO, implicarla no sólo un importante desequilibrio en la actual conjunción de fuerzas concurrentes, sino sobre todo la pérdida por la URSS de su base operativa más importante (se calculan en 400.000 hombres los estacionados allí por las unidades militares soviéticas) y su transferencia con la consecuente aproximación geográfica del rival potencial. Todo hace pensar que sin una fórmula de neutralización o cualquier otro recurso de marginación de Alemania del planteamiento estratégico, la URSS no puede acceder de grado a una alteración de la potencia militar del alcance tan negativo para su posición estratégica. La afirmación más categórica en este sentido ha sido formulada por Schewardnazde, Ministro de Asuntos Exteriores de la Unión Soviética, en su histórica visita a la sede de la NATO en Bruselas, el pasado 19 de Diciembre, donde el ministro soviético postuló la transformación de las alianzas en estructuras políticas con el fin de convertirse en «factores de estabilización política de Europa».

Pero en el fondo, en lo que parece coincidir en uno y otro lado, es en el temor de que la reunificación de las dos Alemanias configure un poder continental germánico que sobre la base de un poder económico desmesurado y provoque el renacimiento de la agresiva voluntad expansiva y hegemónica alemana, que por dos veces en el siglo, con una y otra ideología —el guillerminismo pangermanista y el totalitarismo nacionalsocialista— ha dislocado el orden de concurrencia europea y provocado las dos guerras mundiales. Por más que los pronunciamientos de los líderes alemanes de todas las facciones políticas hayan abjurado de semejantes designios (los exaltados «republicanos» del todavía incipiente y no significativo movimiento «neonazi» sólo reclaman la reunificación, la neutralización y el arma atómica para Alemania), los sentimientos atávicos de temor en Francia, Inglaterra y los Países Bajos, apenas si pueden ocultarse. Esta es la situación en que la llamada «cuestión alemana» plantea de modo crítico la exigencia de un *nuevo orden europeo* sobre la base de una nueva concepción de la Comunidad Europea —hasta ahora prácticamente ignorada como factor estratégico fundamental— que ha superado, por insuficiencia o por inactualidad, el curso dinámico previsto para la CEE en el horizonte de 1992. Aunque el Consejo Europeo de Estrasburgo de los primeros días de Diciembre ha logrado mantener el esquema institucional y, en ciertos aspectos —como la uni-

dad monetaria europea— abrir el cauce de la novación del Tratado de Roma para aproximarse a las nuevas exigencias con la previsión de una Conferencia intergubernamental a fines de 1990, parece haber una coincidencia general en que la Comunidad Europea tiene que ser básicamente replanteada para poder acoger adecuadamente el proceso de unificación alemana y, en mayor o menor grado, las antiguas democracias populares del Este, hasta ahora satelitarias de Moscú, pero cuya evolución hacia formas económicas de mercado y hacia soluciones políticas democráticas pluralistas parece irreversible, hacen, de la CEE el polo de atracción que sirva de eje institucional a la nueva era y a un nuevo orden europeo.

Pero Europa es demasiado importante como para que las superpotencias —USA y URSS— puedan dejar su destino en manos europeas exclusivamente. De súbito, al hilo de los acontecimientos, agudizando posiciones ya insinuadas, las dos superpotencias han proclamado sin reservas su vocación europea, es decir, su voluntad de presencia en Europa y de participación condicionante en la nueva arquitectura del escenario político-económico europeo y en sus posibilidades de evolución. De parte de los Estados Unidos, la nueva voluntad europea norteamericana, fué enunciada por el Presidente Bush, a su regreso de la cumbre de Malta, al dar cuenta a los miembros de la NATO de sus resultados. Bush, en tal ocasión garantizó la presencia significativa de tropas americanas en Europa y la voluntad norteamericana de seguir siendo «una potencia europea», postulando una remodelación, con finalidades políticas de la NATO, para garantizar el nuevo equilibrio europeo, resultante de la eventual unificación alemana enmarcada en la dinámica de la unificación europea, por vías democráticas y pacíficas, y con reconocimiento expreso de la intangibilidad de las fronteras homologadas en la Conferencia de Helsinki de comienzos de los setenta. La NATO y la Conferencia de Cooperación de Seguridad y Cooperación Europea como cauce institucional del proceso acelerado de desarme, se convierten así en los ejes de marcha de la visión norteamericana de la nueva reordenación de Europa. El alcance de esta nueva actitud europea de los Estados Unidos llegó a su proclamación más extremada en las declaraciones del Secretario de Estado norteamericano James Baker, con motivo de su visita —la primera visita oficial de un dignatario estadounidense de alto rango— a la República Democrática Alemana. Baker declaró lisa y llanamente, en una conferencia de prensa en el Berlín-Oeste, la necesidad de construir «la arquitectura política de la nueva era» que ha de basarse sobre el papel amplificado de la Comunidad Europea, sobre la intensificación de las relaciones económicas de la Conferencias sobre la Cooperación y la Seguridad en Europa (CSCE) y sobre una NATO renovada. La afirmación más detonante y significativa del Secretariado de Estado norteamericano, es su sugerencia de que el estrechamiento de los lazos formales con la CEE, podría hacerse probablemente del mejor modo mediante «un tratado que otorgara a los Estados Unidos *presencia formal en todas las instituciones comunitarias*», sugiriendo que «las decisiones sobre esta idea se lleven en paralelo con los esfuerzos europeos para alcanzar en 1992 un mercado común interno,

de forma que los planes para la interacción Estados Unidos-CEE se enmarquen dentro de los cambios de la Comunidad». Tal es la concepción de la nueva *atlantización* de la Europa occidental en su nueva dinámica hacia el Este y a partir del motivo del enmarcamiento europeo de la reunificación alemana. Es significativo que muy poco después de estas manifestaciones, Mitterrand, en su calidad de Presidente actual de la CEE se desplazara a las Antillas para celebrar una conferencia con el Presidente Bush, de la que se ha exteriorizado la curiosa declaración de este de que los Estados Unidos «no pretendían convertirse en el Estado número trece de la Comunidad Europea». Pero ha quedado claro que, a pesar del siempre decantado propósito de «aislamiento» de los Estados Unidos, hoy por hoy, la voluntad política de estos, es una presencia institucional y activa de la superpotencia norteamericana en la incierta configuración de futuro del equilibrio europeo. Curiosamente también la URSS, sobre la base de la hasta ahora puramente retórica imagen de Gorbachov de la «casa común europea», comienza a diseñar el esquema arquetípico de su idea de la nueva Europa. En efecto en el vuelo de Moscú hacia Bruselas, donde se procedió a la firma de un acuerdo económico de la Comunidad Económica Europea con la URSS, de alcance suficiente para ser considerado por Schevernadze como la «primera piedra» para la construcción de la «casa común europea», el ministro soviético desplegó su visión del futuro de Europa «una zona de libre comercio desde el Océano Atlántico hasta los Urales, posiblemente incluso hasta el Océano Pacífico y hacia Siberia». Así se aprecia una convergencia, más o menos polémica de las dos superpotencias sobre Europa llamada a tratar de enmarcar su relativa integración y la cuestión alemana, dentro del mantenimiento del dominio hegemónicos sobre el mundo que ha articulado, con su singular tensión, la paz convulsa de la postguerra desde 1945.

#### IV. LA EUROPA COMUNITARIA

La Comunidad Económica Europea tenía su proceso de integración claramente trazado desde el Acta Única de 1987, enderazado a la institucionalización sin reservas del mercado único común (con la adopción de los mecanismos previos en orden a la unificación del sistema monetario, la armonización de las políticas fiscales, la Carta social europea etc.) para fecha cercana determinada: 1.º de Enero de 1993. Aunque estaban surgiendo dificultades en el curso preparatorio —sobre todo en lo relativo a la unidad monetaria por la posición reluctante del Reino Unido y por la menos explícita pero también reservada de la Alemania Federal— se esperaba vencerlas, aunque fuera bajo la fórmula de la Europa de «dos velocidades» que daría tiempo al reconocimiento efectivo de parte de Inglaterra de las verdaderas dimensiones del fenómeno de la integración europea. La fórmula fundacional que teóricamente postulaba el efecto político inevitable de la supranacionalidad europea como consecuencia obligada de la unificación del mercado, con la libre circulación de personas, capitales y

mercancías, parecía diseñar en el horizonte este supremo objetivo. En efecto, la realidad operativa del concepto estructural del Estado-Nación, la noción cerrada y excluyente de la soberanía, se encaminaba a la superación de sus contenidos y atributos más esenciales. Para 1993 la orientación política de la economía en todas sus dimensiones iba a quedar, en lo esencial en manos de los órganos comunitarios y, de otro lado, la posibilidad de concebir siquiera una seguridad europea a base de ejércitos nacionales llevaba a sentar las bases de una organización europea de la defensa. Lo que a esta Europa occidental le faltaba era una configuración constitucional, la maduración de la opinión pública europea y la adecuación europeísta de las bases de agrupamiento para el pluralismo político, con vistas a dar al Parlamento Europeo la función adecuada a su capital papel en una democracia verdaderamente europea y supranacional.

Esta perspectiva es la que parece haber sido alterada o, al menos está siendo objeto de una obligada reconsideración por la llamada «revolución del Este». Si bien el proceso de transformación de las estructuras económicas colectivistas en el sentido de una economía liberal de mercado requiere tiempo, que la Comunidad Europea puede aprovechar en la consolidación institucional de su integración, el problema de la unificación de las dos Alemanias es un reto acelerado —pues puede depender en cuanto a la afectividad del mecanismo de la autodeterminación de un proceso electoral previsto para 1990— que exige preparar respuestas comunitarias obligadas, aunque nada fáciles. El papel de Alemania en la trama del siglo, su tentación reiterada a una posición continental hegemónica y las resultas del expansionismo industrial y la agresividad del pangermanismo con unas u otras fórmulas ideológicas, es algo subyacente en la memoria colectiva de las grandes naciones occidentales, que han tenido que soportar en la centuria dos guerras mundiales para preservar un orden europeo democrático y occidentalizado.

La situación ha estado a punto de producir un momento de colapso en la Comunidad. El hecho que el Canciller alemán Kohl, ni siquiera insinuara su plan en etapas para la unificación, en la reunión informal de París y días más tarde lo formulara abiertamente en el «Bundestag», hizo sonar la señal de alarma. El temor a que Alemania Federal siguiera su propio curso de espaldas a la Comunidad se hizo patente y algunos comenzaron a hablar de un nuevo Rapallo y hasta del fantasma aterrador de un IV Reich. Afortunadamente la reunión de la cumbre comunitaria en Estrasburgo, en los primeros días de Diciembre, que seguía a la cumbre de las dos superpotencias en Malta y el impulso europeísta del Presidente Bush en la reunión de la NATO, permitieron plantear la reunión del Consejo Europeo, de manera que el desarrollo integracionista de la Comunidad y el proceso de unificación alemán, pudieran encajarse en un esquema proyectivo de continuidad. En resumen, la cuestión alemana se concibe como enmarcada en la dinámica de integración de la Comunidad y Alemania en un principio da luz verde al plan de unificación monetaria indispensable para la implantación del mercado común interno en 1993.

Pero si esto ha dado cierto encauzamiento a la ordenación de los aconteci-

mientos dista mucho de haber resuelto o situado en vías de resolución, los problemas estructurales que la gran conmoción del Este ha planteado a la Comunidad Europea, todavía muy distante de su plenitud de integración económica, y no digamos política. Pues lo que no puede perderse de vista, en la actual situación es que cualquiera que sea la intensidad del sentimiento europeo y hasta la convicción del imperativo para muchos no menos que fatal de la unidad, lo cierto es que la Comunidad está constituida por naciones, que se mueven por impulsos arraigados en la conciencia nacional y que la misma dimensión europea en el horizonte, hace que cada una de las grandes naciones tenga a la vista para sus decisiones europeas, la idea que cada una de ellas se hace su presencia y de su papel en el futuro de la Comunidad. Por ello esta perspectiva tiene, hoy más que nunca, que vislumbrarse a través del prisma de cada una de las grandes naciones europeas. Es en las políticas nacionales de los Estados-miembros en las que se inscribe la preocupación europea y, en manera alguna, responden estas a una corriente de europeización que decida sobre ellas. En una palabra el que quizás puede ser el último capítulo de la rígida tradición histórica de la soberanía, es probablemente un ejercicio decisivo de la propia soberanía. Por ello es imprescindible contemplar el decurso de los hechos y los planteamientos posibles de la dinámica europea desde las actitudes más o menos definidas de las grandes potencias que desempeñan el verdadero protagonismo en la Europa de los Doce, aunque sólo sea porque de hecho condiciona su misma posibilidad.

1. La política exterior francesa, desde el planteamiento de la guerra fría, ha sido aún dentro de una no superada ambigüedad de las concepciones institucionales y de su trasfondo ideológico —la «Europas de las naciones», la «Europa de los pueblos», la «Europa europea», la «Europa de los Estados», la «Europa de las regiones» etc., todas estas fórmulas intencionales pero imprecisas y hasta contradictorias han salido de la expeculación retórica francesa—, ha sido, tras las huellas endebles de las concepciones grandiosas de De Gaulle, decididamente europeísta y europeizadora. Como balance de la Segunda Guerra Mundial y tras las dolorosas experiencias descolonizadoras de Indochina y Argelia. Francia ha sido consciente de que su papel en el mundo del futuro, pasaba por un protagonismo dentro de una estructura comunitaria europea, lo que evidentemente imponía una reconciliación con Alemania, empeño del que fueron calificados coparticipes. De Gaulle y Adenauer. Su condición, aunque limitada de potencia atómica, había de permitirle a Francia jugar un papel destacado en la seguridad europea, aunque esta condición ha sido más bien concebida como «force de frappe», de intencionalidad, disuasoria en última instancia para asegurar la supervivencia de Francia. La política europea francesa se ha esforzado siempre por evitar una «occidentalización» estructural de la configuración de la Europa integrada y, en el fondo—aunque haya ofrecido su aportación incondicional en las situaciones más críticas a los Estados Unidos y a la NATO, de la que está al margen de su organización militar— predispuesta a contribuir a la exoneración de Europa de la hegemonía norteamericana. Asimismo la idea francesa de la integración europea, aún pasando decididamente por el plantea-

miento económico de Monnet y de los poderes fundadores, no ha perdido nunca de vista y ha impulsado de modo resuelto las posibilidades políticas de la construcción europea. Fué bajo el decidido impulso francés como cristalizó sutilmente la concepción de la cooperación política europea en la figura, más bien emblemática pero significativa, de la *Unión Europea* en el Acta Única de 1987. Pero esta visión supranacional de la dinámica europea y el eje Paris-Bonn como instrumento básico de desarrollo, estaban concebidos bajo el supuesto de la permanencia, o al menos de la indefinición temporal, del «statu quo» europeo de la postguerra y fundamentalmente, sobre la división de Alemania y su inferioridad política en el concierto europeo. Es evidente que los acontecimientos del Este y de modo muy singular el curso abierto a la reunificación alemana —que lógicamente remueve todos los sentimientos de tensión y recelo que han dominado las relaciones franco-alemanas a lo largo del siglo— han perturbado la visión europea de Francia, obligando a un replanteamiento.

Más, todos los elementos de juicio de que disponemos, tienden a poner de manifiesto que los reflejos franceses a las nuevas perspectivas de la realidad europea, van en la dirección de la aceleración del proceso de integración europea —incluso en el plano político— que en cualquier efugio de resistencia a la reunificación alemana que, sino ha dejado de proclamarse, se tiene por inevitable. Francia ha sido la adelantada en hacer ver que la cuestión alemana tiene que ser encauzada y, a ser posible, institucionalizada dentro de la dinámica estructural del desarrollo económico-político de Europa —una Alemania unida, *dentro* de una Europa unida, es la fórmula—, por el cauce democrático de la autodeterminación y el respecto a la intangibilidad de las fronteras resultantes de la última guerra, homologadas en la Conferencia de Helsinki. Pero parece claro que esta Europa unida que vislumbra el pensamiento de Estado francés ya no es —o por lo menos no es sólo la CEE con su horizonte de mercado único a 1993. La idea francesa parece volver a la intuición profética de De Gaulle cuando en una de sus solemnes conferencias de prensa, el 9 de septiembre de 1965, llegó a proclamar: «No vacilamos en considerar que venga un día en el que para concluir en una 'entente' constructiva desde el Atlántico a los Urales, la Europa entera quiera poner en orden sus propios problemas y ante todo aquel de Alemania por la única vía que cabe hacerlo, aquella de un acuerdo general». No es difícil hacerse cargo de que la única forma de difuminar la prepotencia alemana y de conseguir un nuevo equilibrio, excluyente de toda «atlantización» de Europa es la unificación hacia el Este del escenario económico-político de la Europa integrada. No deja de ser significativo que esta misma grandiosa visión —aunque limitada a una concepción de gran mercado de libre cambio europeo haya sido, como hemos recordado, evocada por el Ministro soviético de Asuntos Exteriores, con la misma imagen geográfica de la Europa «desde el Atlántico a los Urales». Y no lo es menos la alarma francesa, ante las inequívocas formulaciones norteamericanas de una atlantización del proceso europeo, a base de una participación institucional de los Estados Unidos en la Comunidad Económica Europea. Todo ello es revelador de la encrucijada de posibilidades cam-

biantes en que se mueve el destino contemporáneo de Europa.

2. Inglaterra se encuentra, al hilo de los últimos acontecimientos, abocada a una decisión resuelta que ha tratado de eludir siempre, entre su vocación atlántica y su participación europea. De ninguna manera se trata de una opción abstracta o de una consideración filosófica-cultural; antes al contrario, se trata de la fuerza gravitatoria que el panorama estratégico, político y económico que se dibuja y que disloca la constelación de la potencia europea lo que incide, como siempre, sobre la concepción y las posibilidades del papel político del Reino Unido sobre la escena europea y, por ende mundial. Refractaria a toda vocación verdaderamente integradora de Europa, Inglaterra ha entrado en la CEE a remolque de la gravitación económica de los hechos, pero dispuesta a encauzar la dinámica de la Comunidad mucho más por la orientación de su tradicional concepción del libre comercio, que en la dirección de una integración política continental que choca con su estrategia plurinacionalista europea, con su rígida afirmación de la soberanía nacional institucionalizada en el Parlamento y con su concepción ideológica liberal, amenazada por un proceso temido de socialización del capitalismo europeo y «last but no least», por la pretensión de mantener a toda costa su «relación especial» con los Estados Unidos, como equilibrio de su relación con la realidad europea, y de su influencia sobre la «Commonwealth», como figura simbólica no exenta de componentes económicos, de la pasada grandeza del Imperio victoriano. La «década Thatcher» ha sido la expresión reiterada de esta posición singular del Reino Unido en la Comunidad Europea: oposición resuelta, cediendo sólo al borde de la ruptura contra toda intensificación y aceleración de los lazos comunitarios, fuera de la implantación del mercado único, en orden a la unificación monetaria, la armonización fiscal, el régimen social del trabajo etc. y categórico rechazo de la concepción política de Europa, pues el concepto de la soberanía parlamentaria del Reino Unido, es el «rocher de bronze» del autogobierno británico y de la personalidad política inglesa ante el mundo.

La soledad inglesa en la cumbre de Estrasburgo, es el reflejo elocuente del aislamiento nada espléndido a que se ve reducida la Gran Bretaña en la actual y difícil coyuntura europea. La unificación alemana, en perspectiva, es quizá para Inglaterra más alarmante que para Francia, por cuanto que consagra la hegemonía industrial germana contra la que Inglaterra ha venido luchando —y dramáticamente— a lo largo del siglo. El respaldo norteamericano a esa reunificación y el consecuente estímulo a la aceleración del proyecto comunitario europeo que ha influido decisivamente sobre la actitud alemana, la premisa francesa por institucionalizar en Europa capaz de encajar la realidad alemana y el aluvión de los países del Este europeo, han empujado a Margaret Thatcher a una actitud insolidaria que muy probablemente marque el ocaso —por virtud de los intereses objetivos de Gran Bretaña— de su espléndida carrera política. La alternativa política inglesa, el laborismo bajo el actual liderazgo de Ninnock ha cambiado radicalmente en cuanto a su posición con respecto a Europa y a su proceso de unificación. Radicalmente opuesta en un principio al ingreso del

Reino Unido en la CEE, el curso de los hechos y el cambio de los sentimientos perceptibles en la opinión pública le han llevado, además de eliminar los radicalismos ideológicos concretados en la utopía del desarme unilateral y del programa de nacionalizaciones y de marginar la inflación marxista en sus cuadros, así como de respetar el papel limitado de las «Trade Unions» en la gestión económica social a que les ha reconducido el thatcherismo, el actual «labour Party» se ha integrado decididamente en la concepción europeísta de la socialdemocracia continental. La actitud de Margaret Thatcher —seriamente puesta en discusión en el seno de su propio partido—, quebrantada por los resultados más que negativos en las últimas elecciones europeas, y ya resquebrajada en sus posiciones más rotunda— ha dejado entrever la próxima entrada en el Sistema Monetario Europeo— así como, los sondeos de opinión que le eran francamente desfavorables antes de los acontecimientos del Este, etc. todo parece indicar que ha sonado la hora de una nueva política europea de Inglaterra, muy probablemente superando la personalidad de Thatcher (que ya ha anunciado su retirada tras las próximas elecciones generales), de intencionalidad más claramente europea, aunque sin duda, más propicia a la concepción atlántica de los Estados Unidos, y, al mismo tiempo, el gran espacio económico unitario dibujado ya por la Unión Soviética.

3. Alemania encierra la clave de todas las perspectivas europeas. Esta multiplicidad de posibilidades apunta la ambigüedad de la conciencia política alemana, en el momento en el que se perfila claramente la coyuntura de reconstruir la unidad política de la realidad económica-cultural alemana. Alemania, nación que llegó tarde a la configuración moderna europea del Estado-Nación, ha sido, por eso mismo quizás, uno de los centros más radicalizados del nacionalismo contemporáneo, y no puede hoy disimularse que el peligro del renacer de las tendencias pangermanistas, es lo que motiva el recelo de las demás potencias europeas y de las superpotencias a lo que pueda dar de sí la reunificación alemana, difícilmente eludible y, por la vía de la autodeterminación, poco menos que inevitable, sobre todo si se tiene en cuenta la artificiosidad de la creación soviética de la República Democrática Alemana y, consecuentemente, de su absoluta falta de consistencia histórica, social y política, una vez dislocado el sistema comunista de los países europeos del Este. Pero, esta Gran Alemania, con mucho la primera potencia industrial europea, ¿a dónde se encamina? De momento las tendencias nostálgicas-emocionales de la grandeza pasada, ligadas a la imagen sociopolítica del «Reich», son más que minoritarias. Desde el catastrófico desplome de la Segunda Guerra Mundial, que dejó a Alemania reducida a una mera geografía poblada de ruinas y sojuzgada por la ocupación de las potencias vencedoras, el enorme esfuerzo del pueblo alemán no ha estado estipulado por ideologías grandiosas de renacimiento, sino por una voluntad existencial de supervivencia, ajena a toda gran política y proyectada hacia una reconversión casi pedagógica a los estilos y a la mentalidad propia de la democracia occidental como única forma de convivencia con posibilidad de futuro. Esto por lo que hace a la Alemania Federal sobre la que ha dejado una impron-

ta indeleble la obra fundacional de Adenauer, mientras que la construcción soviética de la RDA se ha agotado en su papel, sin entusiasmo germánico, de instrumento avanzado de la expansión soviética en Europa. Alemania, como totalidad histórico-cultural, se ve hoy en la necesidad de replantearse su estructura político-constitucional unitaria sobre el transfondo de la ya abierta convivencia económica y cultural, culminada por los acontecimientos históricos de fines de año, que han dejado en el vacío al Estado comunista alemán desprovisto de legitimación ideológica y de cualquier proyecto específico de unidad política independiente. Pero este replanteamiento de la realidad alemana, entraña —por todo lo que la llamada «cuestión alemana» implica— el replanteamiento de la realidad europea, que se reconduce en el fondo a la cuestión alemana, y de esto son conscientes los mismos alemanes que sin embargo, se resisten —conscientes de las dificultades del proceso de la unificación europea— a supeditar en el tiempo la solución nacional alemana a la constitucionalización política de la Europa en marcha desde hace más de treinta años. No de otro modo puede interpretarse la imagen de Willy Brandt, máxima autoridad moral de la socialdemocracia alemana y presidente de la Internacional Socialista, al decir que «no está escrito en ninguna parte que los alemanes tengan que permanecer en vía muerta hasta que se haya alcanzado determinada estación en el recorrido común europeo» (*Der Spiegel* 25-XII-89). Está abierta, sin duda una carrera entre la integración europea y la unificación alemana, pero el «timing» de esta parece mucho más acelerado que el de la primera frente a lo que se alzan, como obstáculos de lenta superación todo cuanto viene de las culturas nacionales que han dado cuerpo históricamente a Europa postulando pero también dejando en la utopía su resolución como realidad política.

Los acontecimiento del Este —y en concreto del desmoronamiento ideológico de la Alemania comunista— no han sido el producto de una estrategia política operativa de la Alemania de Bonn, que si bien no ha renunciado nunca —desde su Ley Fundamental— a que el tiempo gestara la solución nacional, no se la ha propuesto como objetivo político concreto y hasta consagró jurídicamente el «statu quo» de la división por el Tratado básico interalemán de 1972, sin perjuicio de la reserva de la unidad de principio. «Pero por lo demás el Tratado Básico realiza una profunda cesura: el paso de la pretensión de la representación exclusiva por parte de la República Federal de Alemania, al principio y al «status» de igualdad de derechos entre ambos Estados, vinculado con el objetivo de desarrollar relaciones normales de buena vecindad» (W. Werdenfeld *«La cuestión de la identidad, los alemanes en Europa»* (t.e. Barcelona 1987, pp. 63-64). La buena vecindad ha sido la línea sistemática de la política de Bonn, a base de la multiplicación de las ayudas y de los intercambios económicos, sociales y culturales —y la exhibición constante a través de las pantallas de televisión y demás medios de comunicación, de su potencial industrial y de su economía de gran consumo—, una política de aproximación y de intepetración sin concreción de los objetivos políticos, pero que a la larga ha creado en la población alemana oriental el señuelo de la libertad y del bienestar —más que de la

reunificación en sí— que ha animado el clima en el que ha sido posible la revolución pacífica que, con la tolerancia soviética, el desmoronamiento de las estructuras de poder comunistas en la Alemania del Este y prácticamente la superación de la partición fronteriza de las dos Alemanias, que tenía en el muro de Berlín y en la puerta tapiada de Brandeburgo sus símbolos en piedra más ominosos.

La política exterior de Bonn se ha caracterizado por una continuidad esencial que ha superado las posiciones de partida y la alternancia de las mismas en el poder, continuidad que refleja y es obra, de la permanencia del liberal Hans Dietrich Genscher al frente de la diplomacia alemana en las distintas coaliciones gubernamentales. La visión de conjunto de esta política de reconstrucción de la realidad alemana en el exterior es expuesta por este su fundamental y tenaz arquitecto, en un texto inmediatamente anterior a los grandes acontecimientos del pasado noviembre:

«Desde su creación —escribe Genscher— la República Federal de Alemania ha forjado una política de paz para Europa. Como miembros de la Comunidad Europea y de la Alianza Atlántica, pertenecemos a la familia de las democracias occidentales... Con Francia hemos establecido una asociación y una operación muy particulares, como se refleja en el Tratado Franco-Alemán y en nuestras políticas actuales. Los railes para el desarrollo del que somos testigos en Europa, ante las perspectivas que hoy contemplamos, fueron puestos al fundarse al Comunidad Europea, fueron puestas por los Tratados de Moscú y de Varsovia, por el Tratado con la Unión Soviética, por el Tratado Fundamental con la República Democrática Alemana y por el Acta Final de Helsinki. Estos son los railes europeos que se acercan unos a otros; por tanto, deben fortalecerse y extenderse. A nadie se le permitiría descarrilar... Seguimos comprometidos con la letra y el espíritu de estos Tratados.

«El Este y el Oeste —escribe más adelante— han optado, por el camino de la cooperación, lo que es motivo de esperanza para las naciones del mundo, no sólo las de Europa. Se está abriendo paso la visión de un orden pacífico en Europa desde el Atlántico a los Urales, tal como lo propuso el Occidente en el informe Harmel ya en 1967 y se reitera en las ideas expuestas por el presidente Gorbachov sobre la casa común europea. Las valerosas reformas que se han iniciado en la Unión Soviética, Hungría y Polonia apuntan en esta dirección... Nadie tiene motivo en Europa para temer; nuestra política que está ligada al destino de todo el Continente. Se trata de una política europea de paz, que excluye todo esfuerzo nacional egoísta... Nuestra política exterior, de conformidad con los dictados de nuestra Constitución, rechaza todo tipo de política de poder. Como política de responsabilidad, decidida por los valores fundamentales de nuestra Constitución y que se basa en la fidelidad incondicional a los Tratados.

«La República Federal de Alemania considera que un orden pacífico en Europa es el marco para lograr la meta definida en la «Carta de la Unidad Alemana» de trabajar para que haya un estado de paz en Europa en el que la nación alemana recupere su unidad en libre autodeterminación» (H. D. Genscher en

«Política Exterior» vol. III, n.º 13 otoño 1989 pp. 45-47).

Cómo conclusión de estas perspectivas nacionales de la realidad europea en curso —y dejando de lado la posición marginal de la Gran Bretaña, para tomar en consideración la fundamental dimensión del eje continental franco-alemán— puede decirse que si la Comunidad Europea, a la vista de los acontecimientos del Este y de la unificación alemana en el horizonte —si acusa alguna inestabilidad, es más bien producto de la insuficiencia de su desarrollo integrador —sobre todo en el plano político— que de su orientación de principio hacia una Europa unida en sus estructuras, y en su dimensión geográfica. Lo que se apunta hoy, desde los más significativos centros de interés, es la necesidad de abrir la construcción europea de Roma a la geografía europea del Centro y del Este —como frontera ideal, a través de un desarrollo progresivo y paulatino de las realidades políticas y económicas de estas áreas inmensas en el sentido de los modelos occidentales de democracia y economía de mercado—, de tal modo que la concepción integradora de la geografía poco menos que absoluta de Europa, que se visibiliza en la expresión omnicomprendiva de la Europa «desde el Atlántico a los Urales», esta hoy, a casi treinta años de la premonición precisa de De Gaulle, en boca de los líderes más responsables. En su mensaje de fin de año, el Presidente Mitterrand, al cerrar el mandato de su presidencia al frente de la CEE, convulsionada por los acontecimientos que, en sus propias palabras «rebasan en importancia» a cuanto hemos conocido desde la guerra», ha proclamado que «L'Europe, comme on rentre chez soi, va rentrer dans sa histoire et sa géographie» y ha formulado como gran designio de la hora, el proyecto de despliegue europeo en dos etapas —«sin otra alternativa que la de volver a la Europa dislocada y explosiva de 1919 cuya sentencia conocemos»—, en estos términos:

«Primero, gracias a nuestra Comunidad de los Doce, que debe absolutamente reforzar sus estructuras, como acaba de decidir en Estrasburgo. Estoy persuadido de que por su sola existencia ella ha contribuido al levantamiento de los pueblos del Este, sirviéndoles de referencia y de polo de atracción. La segunda etapa es preciso inventarla. A partir de los acuerdos de Helsinki, cuento con ver nacer en los años 90, una confederación europea, en el verdadero sentido del término, que asociará a todos los Estados de nuestro continente en una organización común y permanente, de intercambios, de paz y de seguridad. Esto no será evidentemente posible más que después de la instauración en los países del Este, del pluralismo de los partidos, de elecciones libres, de un sistema representativo y de la libertad de información. A la velocidad a que van las cosas, puede que no estemos tan lejos de ello». («Le Monde» 2.1.90).

De lado alemán esta conversión de la Utopía en concreto proyecto político europeo, encuentra su eco socialista en la afirmación categórica de Oskar Lafontaine vicepresidente del SPD alemán y uno de los más calificados aspirantes a la candidatura para la Cancillería en las elecciones del próximo año: «Mi objetivo formal —ha dicho— son los Estados Unidos de Europa. El que a unos u otros estas respuesta pueda parecer demasiado elemental, no quita el que sea

igualmente correcta. Todo lo que se ordene a este fin es, para mí, concebible, todo lo que se oponga a él no me parece concebible. Por ello, también una unión de ambos Estados alemanes, en cualquier forma contractual, incluida la formación de un Estado, me parece concebible. Pero este Estado, del que hablo ahora, no sería un Estado nacional en la forma antigua. El proceso de unificación europeo está plantado precisamente, a base de que la mayor parte de las competencias de los Estados nacionales deben ser transferidas a las instituciones de la Comunidad Europea. Y de este proceso no puede descolgarse la política de Alemania. Es necesario que los conservadores se percaten de ello. De otro modo se estaría girando en torno a la resurrección de las ideas de Reich o del reestablecimiento de un Estado nacional» («Der Spiegel» 25-XII-89).

Todo hace pensar que Europa se encuentra ante la necesidad histórica de hacerse por sí misma una realidad política operativa en el contexto mundial y que la dinámica acelerada de los acontecimientos del último año abren, para ello, una posibilidad sin precedentes. Pero el tránsito y la actualización desde la Europa alienada bajo la hegemonía polémica de las superpotencias desde hace medio siglo, a la Europa en su propio hogar geográfico e histórico que invoca la retórica de Mitterrand tras recordar también esa independencia, no sólo parece un proceso largo y complejo —que tiene que superar la conciencia política de la soberanía— sino que se enfrenta a las contracorrientes que nacen, más de fuertes motivaciones históricas internas y otras del claro intento de las superpotencias de alinear de una forma u otra a la realidad europea en sus respectivas concepciones acerca del orden mundial.

## V. EUROPA DESDE LA URSS: LA «CASA COMÚN EUROPEA» DE GORBACHOV

En medio de todas sus dificultades internas de todo orden y de la dislocación de su presencia dominante en la Europa del Este, la URSS de Gorbachov trata de reconstruir su papel como superpotencia sobre el escenario mundial. En este replanteamiento no cabe duda de que la nueva Europa en gestación juega un papel esencial y de que esta da contenido a la ambigua metáfora de la «casa común europea» que Gorbachov viene reiterando de modo metódicamente equívoco como una de las directrices de proyección exterior más significativas de la revolución conceptual, pero también estratégica de la «perestroika».

Aunque sin haber llegado a dar expresión concreta a cualquier contenido institucional de la reiterada afirmación de la comunidad con Europa, Gorbachov parte de una enérgica afirmación de la *europiedad* de Rusia. «En Occidente —escribe— algunos intentan «excluir» a la Unión Soviética de Europa. A veces, como sin darse cuenta, equiparan a Europa Occidental... los vínculos comerciales, culturales y políticos de Rusia con otros países y Estados europeos tienen profundas raíces en la historia. Somos europeos. La antigua Rusia estuvo

unida con Europa por el Cristianismo... la historia de Rusia es una parte orgánica de la gran historia europea... Nuestra historia común europea es complicada y aleccionadora». Explicando la motivación psicológica de su tópico, indica: «Esta metáfora —la de que Europa es nuestro hogar común— me vino a la mente en una de mis reuniones. A pesar de que el parecer la expresé de forma fortuita, había estado buscando una fórmula semejante durante mucho tiempo. No me vino a la cabeza de repente, sino después de mucha reflexión y encuentros con distintos líderes europeos. Al haberme comprometido con una perspectiva política nueva, ya no podía aceptar como antes un mapa político similar a una colcha hecha de retazos. El continente ha compartido algo más que guerras y lágrimas. Examinando el panorama de esta tierra tan sufrida y reflexionando sobre las raíces comunes de una civilización europea tan multiforme pero, en esencia, común, sentí cada vez con mayor agudeza, la artificialidad y provisionalidad del enfrentamiento bloque-contra-bloque y la naturaleza arcaica del «telón de acero». Así es, probablemente, como me vino la idea del hogar común europeo...» Estas palabras, palabras que datan de hace tres años, releídas ahora tras el derrumbamiento espectacular del simbólico «telón de acero», son luminosas para aclarar la posición europea del líder soviético, que con su decisiva pasividad activa a lo largo de todo el proceso —desde la apertura del muro de Berlín hasta la liquidación del régimen de Ceausescu en Rumanía— ha mostrado la intencionalidad manifiesta de despejar el polémico espacio comunista y «glacis» de la URSS en la Europa del Este, con vistas a encontrar un nuevo terreno de diálogo europeo. En Praga, en 1986, trató de dar un contenido conceptual a la metáfora de la gran unidad de fondo europeo. «Europa es, efecto, un hogar común, donde la geografía y la historia han entretejido los destinos de docenas de países y naciones... Así pues, ampliando la metáfora, uno puede decir: el hogar es común esto es cierto, pero cada familia tiene su apartamento y dispone de distintas entradas. Pero sólo juntos, de forma colectiva y siguiendo las normas sensatas de coexistencia, los europeos pueden salvar su hogar, salvaguardado de contiendas y otras calamidades, haciéndolo mejor y más seguro y mantenerlo como es debido». La consecuencia en el plano político es que: «Si el mundo precisa nuevas relaciones, Europa las necesita por encima de todo. El concepto de «hogar común europeo» sugiere antes que nada un grado de integridad, aunque sus Estados pertenezcan a distintos sistemas sociales y a alianzas político-militares opuestas. Combina la necesidad con la oportunidad». En la gran metáfora, no se alberga, de tomar en rigor las palabras de Gorbachov, ningún esquema institucional de integración, sino el apunte de un clima nuevo de relaciones, que envuelve la tensión ideológica y estratégica reconduciéndola a una cooperación más positiva entre todos los pueblos europeos sin distinción. Aun así, sobre tan leve consistencia Gorbachov habla de «circunstancias objetivas que generan la necesidad de una *política paneuropea*». Es más que dudoso que con esta vinculación *paneuropea*, Gorbachov recoja alguna nota de la idea de *PanEuropa*, que ya en 1923 el conde Richard N. Coudemhove-Kalergi en su «*Das Europäische Manifest*» proclamara, fundando uno de los primeros movi-

mientos europeos orientado a la constitución de un Estado federal o una Confederación de Estados europeo (V: Richard N. Coudenhove Kolergi «*Die europäische Nation*» Stuttgart 1953). Quizá lo más concreto en el desarrollo de Gorbachov sea la acentuación de la idea de *cooperación* europea en cuanto al desarme y al problema ecológico, así como a los procesos de integración: «Los procesos de integración se están desarrollando de forma intensiva en ambas partes de Europa. Es el momento de pensar que vendrá después. ¿Se agravará la división de Europa o puede encontrarse una unión armoniosa es bien del Este y del Occidente, por el interés de Europa y del resto del mundo?. Las necesidades del crecimiento económico en ambas partes de Europa, así como el progreso científico y tecnológico, urgen la búsqueda de alguna forma de cooperación ventajosa para las dos. No me refiero a algún tipo de «*autarquía europea*», sino a un mejor uso del potencial de Europa en beneficio de sus pueblos y en relación con el resto del mundo».

Tras considerar el tratado de Helsinki como «un logro único en la historia de las relaciones internacionales» así como los desarrollos ulteriores de la Conferencia de Cooperación y Seguridad Europea», llega a decir Gorbachov que el «anteproyecto para la construcción de un hogar común europeo está casi ultimado» y se muestra partidario de «encontrar alguna forma de combinación de los procesos económicos en ambos lados de Europa, para bien de todos». Esta vía de conexión entre la URSS y la Comunidad Económica Europea, parece haber encontrado su decidida iniciación en el amplio tratado de colaboración económica y tecnológico firmado el pasado diciembre en Bruselas y que el ministro soviético de Asuntos Exteriores, Shevardnadze, ha calificado siguiendo la positivación de la metáfora del hogar como la «primera piedra de la casa común europea». Los textos citados de Gorbachov son anteriores, casi en un par de años (Perestroika, t.e., 1987), al alud de acontecimiento que se ha desencadenado en los últimos meses y cuya consecuencia global más significativa es que ya no puede hablarse —aunque subsistan todavía el Pacto de Varsovia y la organización económica de los países del Este— de un bloque comunista de la Europa centro-oriental que se ha desintegrado ideológicamente y está decididamente en trance de apertura más o menos lenta y dificultosa a sistemas de economía de mercado. Pero este proceso no ha debido sorprender a Gorbachov, salvo quizá en el ritmo acelerado de los acontecimientos. Y la gran metáfora de la «casa común europea» sigue en pie como directriz —al menos teórica o incluso retórica— de la nueva visión del mundo de Gorbachov. ¿Puede entenderse que hay algo más de lo expuesto tras la fechada de las grandes palabras?

En sus obras «*El síndrome finlandés. Europa ante el siglo XXI*» (1986 t.e. 1987) y «*La gran ilusión*» (1989), el analista francés Alain Mine, ha intentado construir a base de la extrapolación de la singular relación entre la URSS y Finlandia, la imagen general del nuevo estilo de presencia de la URSS en Europa. Estas obras, aunque anteriores a los últimos acontecimientos históricos y por lo tanto rebasadas por estas en importantes desarrollos concretos, conservan como dignos de consideración —aunque discutibles— las líneas de tendencia apreciadas

por su autor. Para Mine desde los años 70 se ha iniciado una «deriva» continental de Europa hacia sí misma, hacia su realidad geográfica e histórica concreta, producto de un movimiento de repliegue de los Estados Unidos hacia el aislamiento y de una «disyunción» lenta, pero constante, de la articulación-estratégica total de USA con la Europa occidental, en tanto que de otro lado la «Ospolitik» ha iniciado, por entonces, un desplazamiento del interés continental hacia el Este en los intercambios económicos, sociales y culturales y, en el reclamo constante de su modelo político-económico de libertades y bienestar —correspondido por una cierta evolución y una atención decidida por parte de la URSS a la perspectiva europea como plataforma de su presencia como superpotencia en el mundo. A una evolución en el sentido de pasar desde la hegemonía atlántica a una neutralización influida por el peso de los intereses mundiales y las exigencias internas de desarrollo de la URSS, es a lo que Mine llama «finlandización», aunque reconoce que no se trata tan sólo de una aproximación indicativa del sentido general del proceso. «Por primera vez —escribe Mine en su última obra, datado meses antes de los últimos grandes acontecimientos— desde 1956, lo nuevo se manifiesta de ahora en adelante en el Este. ¡Qué extraordinaria inversión de las perspectivas! Occidente parecía durante décadas estar a la defensiva, el capitalismo, acorralado; el mercado, discutido; la democracia amenazada; las tensiones sociales, más fuertes cada día. El viento de la Historia, no soplabla más que en una sola dirección, y el comunismo tenía el viento en popa: su zona de influencia aumentaba a simple vista; su potencia militar alcanzaba la de Occidente, su irradiación ideológica se ejercía en el seno mismo de las democracias. ¿Quién hubiera podido imaginar, al comienzo de los años 70, a la democracia en pleno desarrollo, al capitalismo transformado en sistema de valores, al mercado convertido por sí mismo en una moral, a los partidos comunistas en vías de extinción, al marxismo sobreviviendo sólo como teoría explicativa de una economía liberal? El porvenir ha cambiado de lado; las dudas han pasado al otro campo. Frente a la Unión Soviética, pleno culto de la «glasnot» ¡cuantas incertidumbres, que constituyen otras tantas clases de futuras relaciones de fuerzas! («La grande illusion» cit. pp. 85-85).

La conclusión estratégico-política de esta transformación de las premisas del «statu quo»; es la nueva orientación europea de la política soviética: «Cuanto más sueña la Unión Soviética con el crecimiento económico, más necesidad tiene de una Europa central y occidental que le sirva de suministrador de productos y de tecnología. Cuanto más busca una Europa bajo un protectorado discreto, más consigue los medios para su despegue económico, cuanto más se implica, en su propio provecho, con el Occidente, más puede ejercer sobre él su magisterio estratégico. En teoría la «perestroika» marcharía más fácilmente a la par con la finlandización de Europa, que el totalitarismo imbécil de los últimos decenios. Gorbachov ensaya hasta la evidencia el jugar sobre este registro, pero no está seguro de mejorar, con ello, su posición. Con respeto a Occidente fuerza la mano, obteniendo más fácilmente con la sonrisa, lo que sus predecesores buscaban con la amenaza. Para sus objetivos internos, no encuentra tan fácil-

mente la misma martingala». El escenario en la óptica del éxito de Gorbachov, lo describe Mine, en conclusión, en estos términos: «Esta Unión Soviética, con seguridad ganó la partida a la Europa occidental: los europeos, con los alemanes a la cabeza, encontraron en estas innovaciones tantos más pretextos para un «Drang nach Osten», de nuevo estilo. Estimular el proceso de renovación: esta será la razón principal para ir por delante de los «desiderata» de la Unión Soviética, con algunos gérmenes de mala conciencia, de forma que se puedan imputar a eventuales reticencias occidentales los retrasos de la «perestroika» Para las economías occidentales la búsqueda de mercados solventes, será pan bendito. El gusto innato por el apaciguamiento en las democracias, buscará el apoyo del comportamiento soviético presente y cooperativo. El deseo visceral de reducir los gastos militares, se sumará a los acuerdos de desarme y a la convicción de que es inútil rearmarse, frente a un adversario que también economiza sus medios. La deriva natural de la Alemania Federal que podría proseguir su desarrollo frente a una Unión Soviética que haría de interlocutor privilegiado, entreabriendo la hipótesis de un ajuste interalemán, para rechazarlo, abrirlo, cerrarlo, conforme a las exigencias tácticas. La tendencia espontánea, en último término, de Europa occidental a buscar su seguridad en las buenas relaciones con el Este, se desplegará gustosamente respecto a las democracias populares menos opacas cada vez y de una Unión Soviética cada vez menos amenazadora» (A. Mine ob. cit. p. 89).

¡La finlandización o el protectorado de la URSS sobre Europa! Para hacer más plausible el escenario, Minc describe las características de la nueva hegemonía: «Este protectorado, no tendrá ninguna de las exageraciones clásicas. Ni presencia militar, bien seguro: bastará la sombra alargada de las divisiones, que recuerda el desequilibrio de las fuerzas. Ni tutela diplomática, evidentemente: los embajadores soviéticos no jugarán a comisarios del pueblo disfrazados. Ni fraseología dominadora: el discurso estará lleno de himnos a la paz y a la cooperación. Ni relaciones económicas autoritarias: los acreedores y los proveedores, estarán en el Oeste. Ni presiones comunistas locales: los partidos occidentales corren incluso el riesgo de ser las víctimas de esta nueva «détente», despreciados por Moscú, reducidos por las opiniones occidentales, condenados a pudrirse sobre el terreno. Pero la alienación, florecerá. La primera medida será, en adelante para Moscú y no para Washington...» (ob. cit. p. 90).

Sin duda esta proyección es demasiado especulativa, en exceso luminosa de parte de la óptica gorbachoviana y demasiada obsusa desde la europea. Se piensa en demasía con el deseo o más bien con el temor y, ni si quiera el propio Minc lo afirma como devenir categórico sino como hipótesis variable en función fundamentalmente, de la evolución de la realidad soviética. Pero dentro de estos condicionamientos no puede descartarse como enteramente irreal, a partir del hecho de que, en cuanto a superpotencia, la URSS sigue relativamente incólume y no parece, ni mucho menos en el ánimo de Gorbachov, el declinar del rango y el papel de la URSS en el mundo. Esto sentado, que hay una nueva política europea de la URSS y una nueva política europea ante la URSS, es algo

que está ya en el plano de los hechos: la pasividad activa con la que la URSS ha dejado a su curso la apertura de los hasta hoy democracias populares y el gran acuerdo base de la CEE con la URSS, entran claramente en el proceso. Pero que este concluya en la «finlandización» o en el «protectorado» suave y casi invisible de la URSS sobre Europa coincidiendo con un supuesto abandono por parte de los Estados Unidos de su condición de «potencia europea» reafirmada últimamente después de Malta por el presidente Bush, es resolver con exceso y en una sola dirección el futuro.

De cualquier modo, esta otra hipótesis de la nueva hegemonía soviética sobre Europa, sirve de contrapunto al «nuevo atlantismo» proclamado sin las debidas cautelas por la diplomacia norteamericana. Una y otra posiciones desvelan la convergencia sobre la Europa en movimiento, de las dos superpotencias, y vienen a poner de manifiesto el apremio y la lucha contra el tiempo para poner en marcha la solución europea de Europa. El descuidarse ante la aceleración con que se disloca y se reconfigura el orden mundial que tiene a Europa por centro —y este descuido viene empujado por la mitificación paralizadora de la intangibilidad de las soberanías nacionales y por la inercia de la opinión pública que actúa sobre la regla democrática— puede malograr la definitiva hora europea que parecen marcar los últimos grandes acontecimientos.

